

Historiografía en Israel.

Modelos estructurales mesopotámicos

Julio Treballe Barrera

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE

Departamento de Estudios Hebreos y Arameos

Facultad de Filología

28040 Madrid - España

RESUMEN Las listas de reyes sumero-babilonias y acadias ofrecen un modelo empírico para discernir la estructura básica de la historiografía bíblica. Ésta amalgama dos modelos o formas diferentes de concebir la historia del pasado y de legitimar la dinastía imperante: por un lado, el modelo sumerio de carácter urbano que fundamentaba la legitimidad regia en el mito de la traslación del poder de unas ciudades a otras antes y después del diluvio universal, y, por otro, el modelo asirio que basaba la autoridad regia en la tradición de figuras nómadas y de ancestros “que vivían en tiendas”. La periodización de la historia en las épocas “patriarcal”, “tribal” y “monárquica” responde a modelos existentes con anterioridad a la formación de la historiografía bíblica.

PALABRAS CLAVE historiografía bíblica; legitimación dinástica; listas de reyes Sumerios y Acadios.

SUMMARY *Sumero-Babylonian and Akkadian kings lists offer an empirical model to discern the basic structure of biblical historiography. It merges two different forms or models of conceiving the history of the past and of granting legitimacy to the ruling dynasty: on one hand, the Sumerian model, of an urbane character, fostered royal legitimacy in the myth of transmission of power from some cities to others before and after the universal flood; on the other, the Assyrian model which based the king's authority on a tradition of nomad figures and ancestors "who dwell in tents." The division of historical periods in the "patriarchal", "tribal", and "monarchic" eras follows models which existed before the formation of biblical historiography.*

KEY WORDS *biblical historiography; royal legitimacy; Sumero-Babylonian and Akkadian kings lists.*

Para explicar a un tiempo la diversidad y unidad del Pentateuco la crítica moderna desarrolló desde un comienzo dos modelos explicativos. El primero era el de la existencia de un escrito básico que abarcaba la historia desde la creación hasta la muerte de Moisés, al que más tarde se añadieron materiales suplementarios, orales o escritos, además de cambios redaccionales que

pretendían actualizarlo e intepretarlo. El segundo modelo era el de la existencia de fuentes paralelas, de mayor o menor amplitud, de épocas, lugares, estilos y tendencias religiosas diferentes, que exponían igualmente la historia sagrada desde la creación, o a partir de Abrahán, hasta la muerte de Moisés.

Una corriente actual descarta el modelo de fuentes y retorna al primer paradigma de un escrito básico a partir del cual tomó forma el Pentateuco (Van Seters, M. Rose, N. Wrybray). Otra renuncia también al modelo de fuentes y propone un nuevo paradigma que intenta explicar la formación del Pentateuco a partir de ciclos narrativos independientes integrados con posterioridad en el conjunto de la obra (R. Rendtorff, E. Blum, R. Albertz). Bajo esta perspectiva no existieron “grandes relatos” como el yahvista o el sacerdotal que narraban la historia desde los orígenes hasta la llegada de los israelitas a las puertas de la tierra prometida. Existieron, por el contrario, ciclos narrativos sueltos que giraban en torno a temas o a personajes de especial relieve, como la creación, Abraham, Jacob, el Éxodo, el Sinaí, la travesía del desierto y los episodios que preceden a la entrada de los israelitas en Canaán¹.

Por otra parte, la tesis de Martin Noth sobre la existencia de una “obra histórica deuteronomista” compuesta por un único autor en tiempos del exilio e integrada por los libros de *Deuteronomio*, *Josué*, *Jueces*, *Samuel* y *Reyes*, ha sufrido igualmente modificaciones tales que hacen imposible hablar de una obra o de una redacción deuteronomista única (Dtr). F. M. Cross y su escuela (R. D. Nelson, R. E. Friedman, S. L. McKenzie, J. D. Levenson, B. Peckham y A. D. H. Mayes entre otros) distinguen dos redacciones Dtr, una josiánica y otra de tiempos del exilio². Rudolf Smend y la escuela de Gotinga (R. Smend, W. Dietrich, T. Veijola, H. Spieckermann, Ch. Levin, F. Foresti, E. Würthwein,

1 Cf. el artículo en este volumen de FÉLIX GARCÍA, “La formación del Pentateuco en el debate actual”. Asimismo, TH. B. DOZEMAN – K. SCHMID (eds.), *A Farewell to the Yahwist? The Composition of the Pentateuch in Recent European Interpretation* (Atlanta, GA 2006); T. RÖMER – K. SCHMID (eds.), *Les dernières rédactions du Pentateuque, de l’Hexateuque et de l’Ennéateuque* (Leuven 2007).

2 F. M. CROSS, “The Themes of the Book of Kings and the Structure of the Deuteronomistic History”, en: F. M. CROSS (ed.), *Canaanite Myth and Hebrew Epic* (Cambridge, MA 1973) 274-289; R. D. NELSON, *The Double Redaction of the Deuteronomistic History* (JSOTSup 18; Sheffield 1981) 121-123; R. E. FRIEDMAN, *The Exile and Biblical Narrative: The Formation of the Deuteronomistic and Priestly Cods* (HSM 22; Atlanta 1981).

J. A. Soggin, R. Bickert, O. Kaiser, U. Becker y, en el mundo de habla inglesa, R. Klein, W. Roth y Ehud Ben-Zvi) descubren tres etapas de redacción sucesivas, todas ellas de la época del exilio: la obra del historiador deuteronomista (DtrH), una redacción de carácter profético (DtrP) y otra de cuño nomista (DtrN)³. Se ha rastreado también la presencia de diversos niveles de redacción Dtr en los libros proféticos de *Jeremías*, *Amós*, *Miqueas* y *Oseas* y en el mismo Tetrateuco, aun cuando no sea posible establecer los hilos que puedan unir estas redacciones con las de los libros históricos⁴.

En 1994 Würthwein retomó las primeras objeciones a la tesis de Noth expresadas por G. Fohrer, A. Weiser y G. Von Rad, cuestionando la cohesión y unidad de la historia Dtr, que viene a reducirse a una sucesión de redacciones Dtr⁵. En el mismo año 1994 Westermann insistía en la diferencia de carácter e ideas de los textos Dtr en cada uno de los libros: *Jueces*, *Samuel* y *Reyes*⁶. Según Y. Amit, en comparación con los libros de *Josué* y *Reyes*, los de

3 R. SMEND, "Das Gesetz und die Völker: Ein Beitrag zur deuteronomistischen Redaktionsgeschichte", en: H. W. WOLFF (ed.), *Probleme biblischer Theologie: G. von Rad zum 70. Geburtstag* (Munich 1971) 494-509; W. DIETRICH, *Prophetie und Geschichte: Eine redaktionsgeschichtliche Untersuchung zum deuteronomistischen Geschichtswerk* (FRLANT 108; Göttingen 1972); *Id.*, "Martin Noth and the Future of the Deuteronomistic History", en: S. L. MCKENZIE – M. P. GRAHAM (eds.), *The History of Israel's Traditions. The Heritage of Martin Noth* (Sheffield 1994) 153-175; T. VEIJOLA, *Die ewige Dynastie: David und die Entstehung seiner Dynastie nach der deuteronomistischen Darstellung* (STATT.AASF 193; Helsinki 1975).

4 COLLINS, T., "Deuteronomist Influence on the Prophetic Books", en: A. H. W. CURTIS – T. RÖMER (eds.), *The Book of Jeremiah and Its Reception. Le livre de Jérémie et sa réception* (Leuven 1997) 27-50; M. WITTE – K. SCHMID – D. PRECHEL – J. CH. GERTZ – J. F. DIEHL, *Die deuteronomistischen Geschichtswerke: Redaktions- und religionsgeschichtliche Perspektiven zur "Deuteronomismus". Diskussion in Tora und Vorderen Propheten* (BZAW 365; Berlin 2006).

5 E. WÜRTHWEIN, "Erwägungen zum sog. deuteronomistischen Geschichtswerk. Eine Skizze", en: *Studien zum deuteronomistischen Geschichtswerk* (BZAW 227; Berlin – New York 1994) 1-11. A. Weiser insistía en el diferente carácter dtr de cada uno de los libros históricos. En el libro de *Josué*, ligado al Pentateuco, la incidencia de la redacción dtr es limitada y tardía. En el cuerpo del libro de *Jueces* 2,6–16,31, se hallan textos de una redacción dtr llevada a cabo durante el exilio a partir de una fuente pre-dtr. En *Samuel* son escasas las huellas de redacción dtr. En *Reyes* se distinguen dos redacciones, una josíanica y otra de tiempos del exilio. Según Weiser, existían un ambiente y unos textos dtr, pero no una historia dtr que alcanzara desde el *Deuteronomio* hasta 2 *Reyes*: A. WEISER, *Einleitung in das Alte Testament* (Göttingen 1963) 117-166; igualmente, G. VON RAD, *Theologie des Alten Testaments I* (München 1957) 340-359; G. FOHRER, *Einleitung in das Alte Testament* (Heidelberg 1965) 211. En línea semejante a la de E. Würthwein se ha expresado E. EYNIKEL, *The Reform of King Josiah and the Composition of the Deuteronomistic History* (Leiden 1996).

6 C. WESTERMANN, *Die Geschichtsbücher des Alten Testament: Gab es ein deuteronomistisches Geschichtswerk?* (*Theologische Bücherai. Altes Testament*, 87; Gütersloh 1994) 13-39.

Jueces y *Samuel* muestran escasas huellas de elaboración Dtr, a pesar de haber sido incluidos en el conjunto Dtr con algunos retoques⁷. Knauf no ve presencia Dtr en *Jueces* y *Samuel* y niega la existencia de una historia deuteronomista; los libros históricos representan ideologías diferentes; por otra parte, esta supuesta historia tendría “un final lamentablemente insuficiente” para un proyecto historiográfico de amplios vuelos⁸. Según R. Kratz la elaboración deuteronomista de *Josué* y *Jueces* no es la misma que la de *Samuel* y *Reyes*. Distingue tres leyendas fundacionales de Israel anteriores al exilio: una relativa a los orígenes de la monarquía davídica (1 S–2 R*), otra a la “historia primordial” y de los patriarcas (Gn 2–35*) y la tercera al exilio (Ex 2–Jos 12*); las tres pasaron a formar tras el exilio el conjunto de *Génesis* – *2 Reyes* o Eneateuco⁹.

El debate en torno a la historiografía deuteronomista prosigue en torno a cuestiones todavía no resueltas como las relativas a la fecha y el punto final de esta obra¹⁰. Römer y De Pury ensayan “una especie de compromiso”, situando los inicios de la actividad literaria Dtr en tiempos de Josías. Los escritos Dtr incluirían entonces el *Deuteronomio*, tal vez una versión del relato de

7 Y. AMIT, *The Book of Judges: The Art of Editing* (Leiden 1999).

8 E. KNAUF, “Does ‘Deuteronomistic Historiography’ (DH) Exist?”, en: A. DE PURY – TH. RÖMER – J.-D. MACCHI (eds.), *Israel Constructs its History. Deuteronomistic Historiography in Recent Research* (JSOT.S 306; Sheffield 2000) 388-398; igualmente al parecer J. R. LINVILLE, *Israel in the Book of the Kings: The Past as a Project of Social Identity* (JSOT.S 272; Sheffield 1998).

9 A. KRATZ, *Die Komposition der erzählenden Bücher des Alten Testaments* (Grundrissen der Bibelkritik, UTB 2157; Göttingen 2000) 221-223.

10 Sobre los debates en torno a la historia deuteronomista, L. V. ALEXANDER, *The Origin and Development of the Deuteronomistic History Theory and its Significance for Biblical Interpretation* (Ann Arbor 1993); M. VERVENNE – J. LUST, *Deuteronomy and Deuteronomistic Literature* (Leuven 1997); L. S. SCHEARING – S. L. MCKENZIE, *Those Elusive Deuteronomists: The Phenomenon of Pan-Deuteronomism* (Sheffield 1999); G. N. KNOPPERS – J. G. MCCONVILLE (eds.), *Reconsidering Israel and Judah. Recent Studies on the Deuteronomistic History* (Winona Lake, IN 2000); A. F. CAMPBELL – M. A. O'BRIEN, *Unfolding the Deuteronomistic History. Origins, Upgrades, Present Text* (Minneapolis 2000); TH. RÖMER – A. DE PURY, “Deuteronomistic Historiography (DH): History of Research and Debated Issues”, en: A. DE PURY – TH. RÖMER – J.-D. MACCHI (eds.), 24-143; R. F. PERSON JR, *The Deuteronomistic School: History, Social Setting, and Literature* (Atlanta, GA 2002); T. RÖMER (ed.), *The Future of the Deuteronomistic History* (Leuven 2000); J. C. DE MOORE – H. F. VAN ROOY, *Past, Present, Future. The Deuteronomistic History and the Prophets* (Leiden – Boston 2000); T. RÖMER (ed.), *The So-Called Deuteronomistic History. A Sociological, Historical and Literary Introduction* (London – New York 2005).

la conquista conforme a modelos asirios (Josué) y una edición de Reyes (+*Samuel*?) que hacía de Josías un digno sucesor de David y posiblemente incluso algunos pasajes del Tetrateuco como una Vita Mosis como propone E. Blum. La disposición de estas colecciones en una gran historia (DtrH) no se alcanzó hasta el período del exilio, cuando aquella literatura de propaganda fue puesta al servicio de una teodicea¹¹.

Para el propósito del presente trabajo reviste particular interés la crítica vertida contra la visión clásica de la historia del antiguo Israel, desarrollada sobre todo por G. Von Rad, consistente en una sucesión de acontecimientos salvíficos al hilo de los relatos del Pentateuco: desde la promesa de una tierra a los patriarcas, pasando por las historias del éxodo y la travesía del desierto, hasta la entrada en la tierra prometida, concluyendo con las narraciones del libro de *Josué* conforme a un hipotético Hexateuco. Lejos de concluir en este punto, la historia proseguía a lo largo de los libros de *Jueces*, *Samuel* y *Reyes* hasta la catástrofe del exilio, entre incesantes amenazas de pérdida de la herencia territorial de Israel¹².

Según M. Liverani y C. Grottanelli la crítica moderna en general no ha hecho más que reproducir este modelo bíblico, convirtiendo en fases evolutivas -“época patriarcal”, “época de los jueces” y “época monárquica”- lo que no son sino modelos estructurales sincrónicos: el patriarcal, el tribal y el monárquico. Sin embargo, las sociedades puramente patriarcales, o tribales, habían dejado de existir en Palestina en la época del Hierro, coexistiendo por entonces los tres tipos de figuras, patriarcas nómadas, héroes tribales y monarcas, de modo que el cuadro que ofrecen las genealogías y los relatos patriarcales, las historias de los héroes tribales y las narraciones sobre los orígenes de la monarquía nacional reviste caracteres míticos¹³. En esta misma línea E. Blum

11 TH. RÖMER – A. DE PURY, 96-97; E. BLUM, *Studien zur Komposition des Pentateuchs* (BZAW 189; Berlin – New York 1990) 208-218.

12 Cf. G. VON RAD, *Theologie des Alten Testaments I-II* (München 1957-1960).

13 M. LIVERANI, “Le ‘origini’ di Israele. Progetto storico irrealizzabile di ricerca etnogenetica”: *RivB* 28 (1980) 9-31; C. GROTTANELLI, “Specialists of the Supernatural in the Hebrew Bible”, en: C. GROTTANELLI (ed.), *Kings and Prophets. Monarchic Power, Inspired Leadership, & Sacred Text in Biblical Narrative* (New York – Oxford 1999) 111-126.

reprocha a C. Westermann que su historia de las tradiciones bíblicas reproduzca el modelo que estas mismas ofrecen, consistente en una secuencia de patriarcas, héroes tribales y reyes de Israel¹⁴.

Por nuestra parte acudimos aquí a modelos empíricos de la historiografía mesopotámica con el fin de explicar la estructura de la historiografía bíblica y definir el carácter mítico, legendario, o histórico de las diferentes tradiciones recogidas en sus textos. Cualquier debate sobre la historicidad de los textos bíblicos y, en particular, de los relativos a los orígenes de Israel, ha de partir de una definición de los términos “historiografía” e “historia” (“history-writing”), sobre cuyo significado los diversos autores no se ponen de acuerdo¹⁵. Sin entrar en los detalles de la discusión, se opera aquí con un concepto amplio de “historiografía” como el utilizado por A. K. Grayson. Incluye géneros que, desde un punto de vista estrictamente histórico, tienen un valor muy relativo, como es el caso de las genealogías y listas reales. La “historia” que estos y otro géneros componían (presagios, crónicas, “cartas al dios”, poemas épicos, profecías o pseudobiografías) no excluía la intervención de los dioses o de Dios, como era usual en las historias del mundo antiguo¹⁶.

Otra cuestión de fondo que pesa en la propuesta aquí avanzada es la de la relación entre historia y memoria, historia y tradición, memoria históri-

14 E. BLUM, *Die Komposition der Vätergeschichte* (WMANT 57; Neukirchen-Vluyn 1984) 504.

15 J. VAN SETERS, *In Search of History: Historiography in the Ancient World and the Origins of Biblical History* (New Haven 1983) 1-5; G. GARBINI, *History and Ideology in Ancient Israel* (London 1986/88); T. L. THOMPSON, “Historiography, Israelite”, en: D.N. FREEDMAN (ed.), *The Anchor Bible Dictionary* III (New York 1992) 206; M. Z. BRETTLER, *The Creation of History in Ancient Israel* (New York 1995) 12; B. HALPERN, *The First Historians: The Hebrew Bible and History* (San Francisco 1988) 6; V. PH. LONG, *Israel's Past in Present Research. Essays on Ancient Israelite Historiography* (Winona Lake, IN 1999); TH. L. THOMPSON, *The Bible in History. How Writers Create a Past* (London 1999); S. L. MCKENZIE – TH. CH. RÖMER – H. H. SCHMID – J. VAN SETERS (eds.), *Rethinking the Foundations: Historiography in the Ancient World and in the Bible. Essays in Honour of John Van Seters* (BZAW 294; Berlin 2000); A. KUERT, “Israelite and Near Eastern Historiography”, en: A. LEMAIRE – M. SAEBO (eds.), *Congress Volume. Oslo* (Leiden – Boston 2000) 257-280; G. J. BROOKE – TH. RÖMER, *Ancient and Modern Scriptural Historiography. L- historiographie biblique, ancienne et moderne* (Leuven 2007).

16 A. K. GRAYSON, *Assyrian and Babylonian Chronicles* (Locust Valley, NY 1975); *Id. Assyrian Royal Inscriptions I-II* (Wiesbaden 1972-1976); *Id.*, “Histories and Historians of the Ancient Near East: Assyria and Babilonia”: *Orientalia* 49 (1980) 140-194; D. EDELMAN, “Clio's Dilemma: The Changing Face of History-Writing”, en: A. LEMAIRE – M. SAEBO, *Congress Volume. Oslo 1998* (VT.Supp 80; Leiden 2000) 247-256.

ca y memoria colectiva. La memoria colectiva o ancestral agranda la sucesión de ancestros hasta proporciones propias de una historia universal. A partir de los antepasados más próximos se remonta a los más lejanos, hasta los primeros patriarcas de la estirpe y, si a ello alcanzan sus mitos, a los reyes anteriores al diluvio y a los primeros padres de la humanidad. La memoria de un pueblo como el de Israel depende más de sus relatos ancestrales y de sus leyes y ritos –componentes básicos del Pentateuco y de los libros históricos–, que del reino del archivo o de la historia de oficio. Los primeros recuerdos son siempre compartidos, familiares, los de una dinastía por ejemplo. Seguidamente es la memoria colectiva la que constituye el vivero o materia prima de la historia. El punto de transición de la tradición a la historia se sitúa en el paso de la oralidad a la escritura, de la prehistoria a la antigüedad, del Israel prehistórico al “antiguo Israel” de la época monárquica. En palabras de Maurice Halwachs, citadas por Paul Ricoeur, “...en général l’histoire ne commence qu’au point où finit la tradition”¹⁷. La historia tiende entonces a despojar a la memoria colectiva de su función “matricial”. La memoria colectiva pasa a constituir un conjunto de representaciones de un pasado cada vez más lejano, un arquetipo mítico del que la historia se aleja a medida que avanza hacia la Modernidad. Nuestra tarea es reconstruir los modelos de aquellas representaciones arquetípicas del pasado. Según el mismo P. Ricoeur, “La place du récit à côté des lois, et même avant elles, dans la rédaction canonique de la Torah témoigne de ce souci pour le sens de l’histoire”; “L’étonnant est que, à la différence des conceptions dominantes de l’histoire chez les Grecs, ‘ce fut l’Israël antique qui, le premier, donna sens à l’histoire’”¹⁸. Sin embargo, el sentido que la Biblia y el judaísmo dan a la historia tiene antecedentes muy determinantes en la historiografía del antiguo Oriente.

17 M. HALWACHS, *La Mémoire collective* (Paris 1997; 1950) 130, en el capítulo titulado “Mémoire collective et mémoire historique”, 97-142; P. RICOEUR, *La mémoire, l’histoire, l’oubli* (Paris 2000) 516.

18 RICOEUR, 519-520. Ricoeur cita la obra de Y. H. YERUSHALMI, *Zakhor. Histoire juive et mémoire juive* (Paris 1984) 24, versión del inglés *Zakhor. Jewish History and Jewish Memory* (Washington Press 1982).

1. PRIMER MODELO ESTRUCTURAL HISTORIOGRÁFICO: LAS LISTAS DE REYES BABILONIAS Y ASIRIAS

Las listas de reyes sumerios y acadios ofrecen modelos empíricos para discernir la estructura básica de la historiografía bíblica. Ésta amalgama dos modelos o formas diferentes de concebir la historia y de legitimar el poder monárquico y la dinastía imperante: un modelo sumero-babilonio de carácter urbano que fundamentaba la legitimidad regia en la traslación del poder de unas ciudades a otras antes y después del diluvio, y un modelo asirio, cuyo carácter era de origen nómada y que basaba la autoridad regia en la tradición de patriarcas y ancestros tribales “que vivían en tiendas”¹⁹.

Los sumerios y babilonios iniciaban la historia a partir de unos tiempos míticos, cuando el poder regio descendió por vez primera de los cielos y fue pasando de una a otra de las cinco ciudades sumerios más antiguas, cuyos reyes habían vivido y gobernado el país miles de años. Tras el diluvio el poder real bajó de nuevo de los cielos y se asentó sucesivamente en otras ciudades sumerios cuyos reyes vivían ya sólo unos cientos de años. Las listas se refieren luego a los predecesores de la dinastía reinante que fundaba su poder sobre esta construcción mítico-legendaria de la historia. Los asirios, por su parte, “construían la historia” en tres períodos: el más antiguo, de carácter mítico, correspondía al de los “reyes que vivían en tiendas”; el segundo, legen-

19 Las listas de reyes mesopotámicas han sido estudiadas en relación sobre todo con la “historia primordial” bíblica o con la genealogía de David y su ascensión al trono, así como con la tradición enoquica: A. MALAMAT, “King Lists of the Old Babylonian Period and Biblical Genealogies”: *JAOIS* 88 (1968) 163-173; *Id.*, “Tribal Societies, Biblical Genealogies, and African Lineage Systems”: *Archives européens de sociologie* 14 (1973) 126-136; VAN SETERS, *In Search of History*, 68-76; H. S. KVANWIG, *Roots of Apocalyptic. The Mesopotamian Background of the Enoch Figure and of the Son of Man* (WMANT 61; Neukirchen-Vluyn 1988); C. WESTERMANN, *Genesis 1-11* (Minneapolis 1994) 348-362; R. E. AVERBECK, “The Sumerian Historiographic Tradition and Its Implications for Genesis 1-11”, en: A. R. MILLARD – J. K. HOFFMEIER – D. W. BAKER (eds.), *Faith, Tradition, and History. Old Testament Historiography in Its Near Eastern Context* (Winona Lake, IN 1994) 79-102; M. CHAVALAS, “Genealogical History as ‘Charter’: A Study of Old Babylonian Period Historiography and the Old Testament”, en: *Faith, Tradition, and History*, 103-128, especialmente 104, 113, 125-126 y 136; K.-P. ADAM, *Saul and David in der jüdischer Geschichtsschreibung* (Tübingen 2007); J. C. VANDERKAM, *Enoch. A Man for All Generations* (Columbia 1995) 6-14. Sobre las genealogías bíblicas en general, cf. R. WILSON, *Genealogy and History in the Biblical World* (Yale Near Eastern Researches 7; New Haven, CONN 1977); Y. LEVIN, “Understanding Biblical Genealogies”: *Currents in Research. Biblical Studies* 9 (2001) 11-46; M. JOHNSON, *The Purpose of the Biblical Genealogies With Special Reference to the Setting of the Genealogies of Jesus* (SNTS.MS 9; Cambridge 1969; 2^a1988).

dario, al de los líderes ancestrales de las tribus; y el tercero y más reciente, al de los reyes de la dinastía asiria que basaba en este constructo histórico la legitimidad de su poder.

Las listas de reyes constituyen uno de los géneros literarios más antiguos, si no el más primitivo, sobre el que podían basarse las pretensiones de legitimidad de una monarquía o dinastía.

a. Listas reales sumerias

La Lista de reyes sumeria (*Sumerian King List*, SKL) abarca la historia completa de Sumer (y Akkad). Enumera una sucesión de reyes, o más bien de ciudades, que se extiende desde el diluvio hasta la accesión al trono de Hammurapi de Babilonia (ca. 1792 a.C.), con especificación del número de años del reinado de cada monarca, miles de años en los primeros tiempos y decenas en los últimos. Recensiones posteriores antepusieron a esta primera lista de reyes otra correspondiente a los de la época anterior al diluvio, tomada probablemente del relato sumerio del diluvio²⁰.

La estructura y función de la Lista de reyes sumeria se basa en la sucesión de una historia *mítica* –que corresponde al tiempo de los orígenes (cuando “la realeza descendió del cielo”)–, y de otra historia legendaria –que recorre los tiempos desde el Diluvio hasta la dinastía de Isin, cuando, en torno al 1950 a.C., esta dinastía entra en una época que puede ser ya calificada de *histórica*–²¹. Tiene un claro propósito de propaganda política, como toda la literatura regia mesopotámica²². En su forma final, constituye una apología

20 Se han conservado siete versiones de una lista de reyes prediluvianos. La más antigua proceden de ca. 2000 a.C. y la más reciente de 165 a.C. Cf. T. JACOBSEN, *The Sumerian King List* (Assyriological Studies 11; Chicago 1939) 58ss.; F. R. KRAUS, “Zur Liste der ältern Könige von Babylonien”: *Zeitschrift für Assyriologie* 50 (1952) 46-51; J. J. FINKELSTEIN, “The Antediluvian Kings: A University of California Tablet”: *JCS* 17 (1963) 39-51; M. CIVIL, “The Sumerian Flood Story”, en: W. G. LAMBERT – A. R. MILLARD, *Atra-Hasis. The Babylonian Story of the Flood* (Oxford 1969) 138-145 y 167-172; W. W. HALLO, “Antediluvian Cities”: *JCS* 23 (1970) 57-67 [60ss.]; C. WILCKE, “Genealogical and Geographical Thought in the Sumerian King List”, en: H. BEHRENS *et al.* (eds.), *Dumu-e2-dub-ba-a: Studies in Honor of Ake W. Sjöberg* (Philadelphia 1989) 557-571.

21 AVERBECK, 97-98; K. L. SPARKS, “The Problem of Myth in Ancient Historiography”, en: *Rethinking the Foundations*, 269-280.

22 H. TADMOR, “The Autobiographical Apology in the Royal Assyrian Literature”, en: H. TADMOR – M. WEINFELD (eds.), *History, Historiography and Interpretation* (Jerusalem 1983) 36-57 [56].

en favor de la dinastía de Isin posterior a Ur III, cuyos reyes se consideraban los legítimos continuadores de la tradición monárquica de Ur. Enumera una serie de dinastías sucesivas, aun cuando muchas de ellas, si no todas, fueron contemporáneas en mayor o menor grado²³. De datarse la obra en los comienzos de la dinastía de Ur III, el texto viene a legitimar el dominio de Ur sobre la completa región de Sumer y Akkad²⁴.

La Lista de reyes sumeria fue compuesta a comienzos del II milenio a.C. Comienza con las palabras “cuando la realeza descendió del cielo”. Eridu fue la ciudad elegida para este primer ensayo de organización del poder político en tierras de los sumerios. Más adelante el “poder regio se trasladó” de Eridu a Bad-tibira, de aquí a Larak, luego a Sippar y, finalmente, a Shuruppak. Así, se sucedieron “cinco ciudades; ocho reyes las rigieron por 241.000 años”. Un diluvio anegó entonces la tierra, por lo que el poder regio hubo de descender nuevamente del cielo, estableciéndose esta vez en la ciudad de Kish. Allí reinaron veintitrés monarcas que vivieron cientos de años, hasta un total de 24.510, tres meses y tres días y medio. La realeza “se desplazó” luego a Uruk, donde doce reyes ejercieron el poder durante 2.310 años; entre ellos se cuentan personajes divinos y legendarios como el pastor Lugalbanda, el pescador Dumuzi y Gilgamesh, hijo de un *lillû* sacerdote de Kullab. Finalmente “el poder se desplazó” a la ciudad de Ur; la Ur III de finales del tercer milenio a.C., época en la que se hace de nuevo pie en la historia, con reyes que gobernaron a lo sumo dos, o tres, decenas de años y cuyos nombres nos son conocidos por otras fuentes²⁵.

La primera parte de la lista se caracteriza por la expresión cinco veces repetida “el poder fue trasladado a...”, que no figura en algunas versiones del texto; la segunda parte ofrece un estilo diferente. Ello indica que la parte

²³ ANET, 564-566.

²⁴ P. MICHALOWSKI, “History as Charter: Some Observations on the Sumerian King List”: *JAOS* 103 (1983) 237-248; AVERBECK, 91. Según Michalowski, la SKL procede del período de Isin, pero P. Steinkeller ha publicado un fragmento con un colofón cuyo texto fecha claramente la lista en el período de Ur III: P. STEINKELLER, “An Ur III Manuscript of the Sumerian King List”, en: W. SALLABERGER – K. VOLK – A. ZGOLA (eds.), *Literatur, Politik und Recht in Mesopotamien. Festschrift für Claus Wilcke* (Wiesbaden 2003) 267-292.

²⁵ ANET, 265-266.

correspondiente a la época anterior al diluvio fue añadida y antepuesta a la relativa a los tiempos posteriores. El propósito de esta adición era el de conferir a la dinastía de Ur –la última que figura en la lista–, carta de legitimidad de su hegemonía sobre las demás ciudades, con carácter de dominio universal sobre toda la región de Sumer y Akkad.

El contenido de la lista no es el correspondiente a una sucesión de genealogías de reyes, sino el de una sucesión de ciudades que pretendían la hegemonía en Sumer. Por lo que se refiere a los monarcas anteriores al Diluvio, el modelo básico correspondiente al período Babilónico Antiguo parece formado por una sucesión de ocho reyes –las diferentes listas de reyes y ciudades varían en torno a esta cifra–. En su *Babyloniaca*, escrita en griego en el 281 a.C., Berosio ofrece una lista de diez reyes prediluvianos y de siete “bestias” o “sabios”²⁶. La de reyes seléucidas sigue el mismo modelo, aunque desbordando ya los límites de Mesopotamia al incluir en su perspectiva histórica a Fenicia, Palestina e, incluso, al mundo egeo²⁷.

Entre las listas de reyes babilonios la llamada A (*The Babylonian King List A*) enumera los que se sucedieron desde la Primera Dinastía de Babilonia hasta el final del poder asirio. La *Crónica dinástica*, compuesta en el período neosirio, da inicio, al igual que la SKL, con la institución de la monarquía y prosigue hasta alcanzar la época de mediados del siglo III a.C. Enumera también cinco ciudades anteriores al diluvio y, al final de la segunda parte, en la que el texto presenta muchas lagunas, parece constatar la transferencia del poder de Babilonia a Asiria.

La lista de reyes de Ur-Isin comienza con los nombres de la tercera dinastía de Ur y de la de Isin (desde ca. 2112 hasta ca. 1812 a.C.). La de Larsa enumera reyes de la dinastía de esta ciudad (ca. 2025-1738 a.C.). La lista C (*The King List C*) corresponde a la segunda dinastía de Isin (ca. 1157-1069

²⁶ Traducción en S. M. BURSTEIN, *The Babyloniaca of Berossos* (Sources and Monographs. Sources from the Ancient Near East 1/5; Undena Malibu, CA 1978); A. KUJRT, “Borossus’ *Babyloniaka* and Seleucid rule in Babylonia”, en: A. KURT – S. SHERWIN-WHITE (eds.), *Hellenism in the East. The Interaction of Greek and non Greek civilizations from Syria to Central Asia after Alexander* (London 1987) 32-56.

²⁷ ANET, 566-7.

a.C.). La B (*The King List B*), de época neo-babilónica, menciona reyes de la primera dinastía de Babilonia y de la del País del Mar (ca. 1894-1500). La *Genealogía de la Dinastía de Hammurapi* (GDH) contiene diecinueve nombres, seguidos por los correspondientes a esta dinastía (ca. 1894-1595 a.C.)²⁸. La lista real de Uruk comienza con Kandalanu y concluye con Seleuco II (ca. 647-226 a.C.). Finalmente, la de reyes seléucidas se extiende desde Alejandro hasta Demetrio II, ca. 330-125 a.C.²⁹.

En la Mesopotamia del período Babilónico Antiguo existía una tradición de legitimación de la monarquía diferente de la representada por la Lista real sumeria (SKL). Se basaba en las estructuras de linaje, de modo que un rey debía de probar que su ascendencia formaba parte de una determinada línea genealógica dentro de la tribu a la que pertenecía. Tras la caída de la Dinastía de Ur III (ca. 2000 a.C.) gran parte de las dinastías amorreas ejercieron el poder en Sumer, se preocuparon de poner en contacto sus ascendencias con jefes tribales amorreos³⁰.

b. Listas reales asirias

La Lista de reyes asirios (*The Assyrian King List*, AKL) nos ha llegado en cinco versiones relacionadas de modo particular con la ciudad de Assur³¹. La más antigua procede del s. X a.C., otras son del s. VIII a.C.; su género es el de

28 Sobre la genealogía de Hammurapi, J. J. FINKELSTEIN, "The Genealogy of the Hammurabi Dynasty": *Journal of Cuneiform Studies* 20 (1966) 95-118.

29 Los textos, excepto el de GDH, se encuentran en A. K. GRAYSON, "Königslisten und Chroniken. B. Akkadisch", en: E. EBELING – B. MEISSNER *et al.* (eds.): *Reallexikon der Assyriologie* 6 (1980) 86-134 [89-101]. Para GDH, A. R. MILLARD, "Babylonian King Lists", en: W. HALLO – K. L. YOUNGER (eds.), *The Context of Scripture. Canonical Compositions from the Biblical World* (Leiden 1997) 461-463 [462]; *King List B* en ANET, 271; *King List A* en ANET, 272; "*Seleucid*" *King List* en ANET, 566-567.

30 MICHALOWSKI, 241; CHAVALAS, 112.

31 Todas ellas tratadas por GRAYSON, "Königslisten und Chroniken", 101-135; A. R. MILLARD, "Assyrian King Lists", en: W. HALLO – K. L. YOUNGER (eds.), 463-465; ANET, 564-566. Según SH. YAMADA, AKL sufrió un proceso redaccional en tres momentos. El primero, correspondiente al *Grundstock* de AKL, trataba de ser una conmemoración de la monarquía de Samsi-Adad I (nº 39). El segundo, desde Assur-nerari I (nº 60) hasta Enlil-na-Sir I (nº 62), habría alineado la lista de modo que justificase el ascenso al poder de la llamada dinastía de Belu-Bani. Finalmente, la tercera redacción, desde Arik-din-ili (nº 75) hasta Tukulti-Ninurta I (nº 78) habría seguido el ascenso del poder político y militar asirio: SH. YAMADA, "The Editorial History of the Assyrian King List": *Zeitschrift für Assyriologie* 84 (1994) 11-37 [11ss].

una “cronografía” que puede ser contada entre las crónicas conservadas. Se divide en cuatro secciones. La primera enumera diecisiete “reyes que vivían en tiendas”, sin hacer referencia alguna a su ascendencia, relación tribal, o duración de sus reinados. La segunda, presenta los nombres en orden inverso. Es una lista genealógica lineal, probablemente del último monarca mencionado, Aminu, y de los diez “reyes que eran sus ancestros”. La tercera sección enumera seis nombres y termina con la anotación: “reyes [nombrados? en] ladrillos, [el número?] de cuyos epónimos es [desconocido?]”.

El resto de la lista es un elenco de reyes asirios, especificando la relación de cada uno con su predecesor, así como la duración de su reinado. La primera parte de esta sección concluye con una narración, bastante extensa, relativa a Shamshi-Adad I (ca. 1813-1781) y su dinastía, hasta el punto de poder ser tenida por una crónica. Su propósito parece haber sido justificar la pretensión de Shamshi-Adad al trono, adjudicándole predecesores no asirios y ocultando posiblemente su origen no asirio³².

A esta misma tradición pertenece la Lista de reyes de Larsa, que reproduce los nombres y años de reinado, desde el fundador de la dinastía, Naplanum, hasta Hammurapi y su hijo Samsu-Iluna de Babilonia. El título de “rey” no es utilizado hasta el quinto nombre de la lista, lo que significa que los reyes anteriores eran sus ancestros. Esta lista pretende apoyar la pretensión de que los reyes babilonios eran los legítimos herederos de Larsa, presumiblemente por razón de sus conexiones amorreas³³.

La *Genealogía de la Dinastía de Hammurapi* (GDH) parece compartir con la Lista de reyes asirios (AKL) una misma tradición genealógica. Shamshi-Adad y Hammurapi pueden haber pretendido justificar sus derechos apelando a una tradición genealógica común de reyes nómadas³⁴.

Lo específico de las listas babilonias es la sucesión de reyes y ciudades, desde los orígenes hasta el imperio reinante, más aún que la inclusión

32 ANET, 564-566.

33 MICHALOWSKI, 240-241.

34 CHAVALAS, 120-22.

de figuras prediluvianas, las cuales entraron a formar parte de la lista en un momento posterior, en relación con el mito del Diluvio. Por ello, las listas de reyes babilónicas tienen un carácter más geográfico, que histórico, o mitológico; se ordenan conforme a la geografía conocida, más que según una cronología que sería prácticamente desconocida. Sucede lo mismo con las narraciones de campañas militares, las cuales no siguen un orden cronológico, sino, en todo caso, una disposición geográfica³⁵.

c. La lista del Prólogo del *Código de Hammurapi*

Es importante por ello tomar en consideración aquí la relación del Prólogo del *Código de Hammurapi*. Los estudios referidos a las listas reales no la toman en cuenta, seguramente porque no enumera una sucesión de reyes, sino de ciudades cultuales, desde los orígenes hasta la Babilonia de Hammurapi. Los únicos reyes aludidos son dos: el que abre la enumeración en los tiempos primordiales, Sumu-la-el (segundo rey de la dinastía babilónica antigua), y el que la cierra en los tiempos históricos, Sin-muballit, padre y antecesor de Hammurapi³⁶. De este modo el Prólogo pretende conferir legitimidad a la expansión territorial del reino de Hammurapi.

Este Prólogo y la Lista sumeria (SKL) tienen en común los nombres de las seis primeras ciudades cultuales y regias, aunque en un orden diferente, con Eridu a la cabeza de ambas (Eridu, Ur, Sippar, Uruk, Kish e Isin). Parece enumerar veinticinco ciudades, con mención del templo y del dios y/o de la diosa correspondiente³⁷. Con este número podría relacionarse el de las veinticinco generaciones que discurren de Adán a los hijos de Jacob, formando un marco estructurante del *Génesis* bíblico.

35 A. K. GRAYSON, "Histories and Historians of the Ancient Near East: Assyria and Babylonia": *Or* 49 (1980) 140-194 [152]. La rotación (*ba*) de ciudad en ciudad, que caracteriza SKL, tiene reflejo en el desplazamiento geográfico de las figuras de poder en tales relatos.

36 *The Babylonian King List B*, ANET, 271.

37 Traducción inglesa en M. T. ROTH, with a contribution by H. A. HOFFNER, *Law Collections from Mesopotamia and Asia Minor* (Writings from the Ancient World. SBL 6; Atlanta ²1997) 76-80.

1	Nippur	Ekur	Enlil
2	Eridu	Eabzu	Enki
3	Babylon	Esagil	Marduk
4	Ur	Egishnugal	Sîn
5	Sippar	Ebabbar	Shamash
6	Larsa	Ebabbar	Shamash
7	Uruk	Eanna	Anu e Ishtar
8	Isin	Egalmah	Ninkarrak
9	Kish	Emeteursag y Hursagkalamma	Zababa e Ishtar
10	Kutû	Emeslam	Erra
11	Borsippa	Ezida	Tutu [= Nabum]
12	Dilbat	Urash	
13	Kesh		Mama/Nintu
14	Lagash y Girsu	Eninnu	[Ningirsu]
15	Zabala		Ishtar
16	Karkara	Eudgalgal	Adad
17	Adab	Emah	[Mah]
18	Mashkanshapir	Emeslam	
19	?		
20	Malgium		Enki y Damkina
21	Mari y Tuttul		Dagan
22	Babailonia		Tishpak y Ninazu
23	Akkad	Eulmash	Ishtar
24	Assur		
25	Niniveh	Emesmes	Ishtar

El Prólogo traza las líneas de un pasado histórico que permite a Hammurapi presentarse como digno heredero de las tradiciones regias de los antiguos templos y ciudades. Las colecciones de leyes que integran el Código son producto igualmente de la apologética regia con finalidades políticas e históricas³⁸, aun cuando, desde otra perspectiva, pueden ser consideradas también obra de escuelas de escribas³⁹.

Por lo que aquí respecta, la lista de ciudades culturales subraya la importancia de la geografía sagrada, la cual cumple una función legitimadora de la monarquía reinante al señalar los límites territoriales, e indicar la relación de

38 FINKELSTEIN, "Ammişaduqa's Edict and the Babylonian 'Law Codes'": *JCS* 15 (1961) 91-104; ROTH, 4.

39 J. BOTTÉRO, "Le 'code' de Hammurabi", en: J. BOTTÉRO (ed.), *Mésopotamie. L'écriture, la raison, et les dieux* (Gallimard 1987) 191-223; R. WESTBROOK, "Biblical and Cuneiform Law Codes": *RB* 92 (1985) 247-264.

ciudades antiguas de las que deriva el poder regio. Esta serie parece establecer una distinción entre ciudades del Éufrates y del Tigris. Se nombran primeramente las situadas a Occidente: Eridu, Babilonia, Ur, Sippar, Larsa, Uruk, Isin, Kish, Kutu, Borsippa, Dilbat. El número de las orientales es menor, como también lo es su importancia: Lagash (la moderna al-HibA), Girsu (Tello), Zabala (Tall IbzeH), Adab (BismAya), Mashkashapir (Tall Abu-Duwari) y Malgium, un población en la ribera oriental del Tigris que opuso resistencia a Hammurapi⁴⁰.

Los textos bíblicos hacen referencia a “generaciones malditas” como las de Caín y Edón o a dinastías ilegítimas como las de Saúl y Jeroboán. Ello recuerda que, tras la dinastía de Shamshi-Adad, la lista real asiria (AKL) designa a siete reyes con el calificativo de “hijos de nadie”, lo que viene a indicar que se trataba de pretendientes ilegítimos al trono en un período de revueltas políticas. La misma lista enumera también los ancestros de Erishum II, el rey depuesto por Shamshi-Adad, cuya línea sucesoria era probablemente contemporánea de la de Shamshi-Adad⁴¹.

Por otra parte, es preciso relacionar las citadas listas de reyes con las ceremonias de conmemoración de los difuntos, de las que formaba parte la lectura de aquellas listas. Así, la *Genealogía de la Dinastía de Hammurapi* fue compuesta para un rito funerario de ofrendas para la pacificación de los espíritus de los muertos⁴². Las listas de ciudades culturales suponen una referencia implícita a los lugares de enterramiento de los reyes. Igualmente, las tradiciones bíblicas sobre patriarcas, jueces y reyes, a diferencia de las del Éxodo, concluyen con la referencia final a los lugares de sepultura de cada uno de ellos.

40 Las inscripciones pre-sargónicas, la lista real sumeria (SKL), y otras tradiciones asociadas a ellas “may reflect a long-standing rivalry not only between Lagash and Ur-Uruk-Umma, but also between competing Tigris and Euphrates city-state coalitions... Thus, the border conflict between Lagash and Umma may be connected to large-scale formative and enduring geographical factors. These geographical factors are, in turn, reflected in a longstanding and qualitatively varied historiographic tradition” (AVERBECK, 92).

41 CHAVALAS, 118.

42 MILLARD, *Babylonian King Lists*, 462.

2. LA HISTORIOGRAFÍA BÍBLICA: AMALGAMA DE LOS MODELOS SUMERIO Y ASIRIO

A disposición de la historiografía bíblica existían, pues, dos modelos o formas de estructurar la historia. El asirio distinguía tres series de antepasados: patriarcas “que vivían en tiendas”, ancestros tribales y epónimos de los dinastas reinantes. El modelo sumerio conocía una serie de reyes anteriores y posteriores al diluvio que encabezaba las listas de reyes babilonios. De este modo una monarquía del antiguo Oriente podía reconstruir el pasado de sus dinastas como una sucesión de épocas –de patriarcas, ancestros tribales y antepasados más próximos–, a la que podía anteponerse la de unos personajes míticos anteriores y posteriores al diluvio.

La historiografía bíblica se basó en un primer momento sobre el modelo asirio, al que antepuso más tarde el sumero-babilonio, de modo que las figuras pre- y postdiluvianas anteceden a las de patriarcas, jueces y reyes. Es significativo el hecho de que Adamu, el segundo nombre que integra la lista real sumeria (AKL) y posiblemente el cuarto en la *Genealogía de la Dinastía de Hammurapi* (GHD), es el Adán del Génesis⁴³. Es también significativo el dato de que Caín figura como el primer constructor de ciudades (*bnh 'yr*), al igual que Yabal “fue el ancestro de los que *viven en tiendas*” (Gn 4,20).

Al igual que la lista de reyes sumeria (SKL) y otras de sabios o *apkallu* prediluvianos, la historiografía bíblica sacerdotal da comienzo en el *Génesis* a partir de una época mítica anterior al diluvio, marcada por personajes cuya vida se cuenta por centenares de años: Adán, Caín, Enoc, Irad, Maviael, Matusael, Lámelec y sus hijos Yabel, Yubal y Tubalcaín. Otra línea genealógica partía de Adán, Set y Enoc hasta alcanzar a Noé. Posteriormente la tradición sacerdotal estableció una lista de diez personajes que vivieron también centenares de años: Adán, Set, Enós, Cainán, Malaleel, Yáred, Enoc, Matusalén, Lámelec y Noé (Gn 5)⁴⁴.

Tras este período prediluviano y conforme al modelo de las listas reales asirias (AKL) sucede otro caracterizado por figuras de patriarcas que vi-

⁴³ MALAMAT, 165.

⁴⁴ E. BLUM, *Die Komposition der Vätergeschichte* (WMANT 57; Neukirchen-Vluyn 1984) 432 y 440.

vían en tiendas, descendientes de Sem, hijo de Noé (“las tiendas de Sem”, Gn 9,27). Descendientes de Abrahán fueron los israelitas, a través de Isaac, Jacob/Israel y los diez hijos de éste, y los ismaelitas nacidos de Agar, la concubina de Abrahán. La sucesión vertical es de tipo segmentado, típico de esta clase de listas, por contraposición a la lista sumeria y a las del período anterior. Más tarde la tradición sacerdotal compuso una lista de diez sucesivos descendientes de Sem: Arfaxad, Sale, Héber, Páleq, Reú, Sarug, Najor y Téraj, padre de Abrahán (Gn 11,10-32).

Siguiendo el modelo de las listas asirias, los libros de *Josué* y *Jueces* desarrollan el espacio de tiempo correspondiente al tercer período, representado por los ancestros de las tribus de Israel, de los que suministran listas genealógicas y narraciones legendarias sobre jueces y héroes tribales.

Finalmente, como en los dos tipos de historiografía mesopotámica, comienza a hacerse pie en la historia a partir de los relatos en torno a los orígenes –tan legendarios como puedan ser–, de la dinastía reinante, la cual funda siempre su legitimidad sobre la historia mítica o legendaria de las ciudades y tribus que detentaban anteriormente la hegemonía sobre las demás. Así, el primer libro de *Samuel*, que según la división atestiguada por la recensión *kaige* y por *Crónicas*, se extendía hasta 2 *Samuel* 11,1, recoge las genealogías de los dos primeros reyes de Israel, Saúl y David, y las tradiciones que legitimaban el poder de las respectivas dinastías, la primera muy pronto fallida. En Israel, al igual que en Mesopotamia existían dos fuentes de legitimidad contrapuestas: la electiva y la sucesoria. Narām-Sîn, nieto de Sargón de Akkad, un hombre sin antecedentes dinásticos que pudo muy bien haber sido un usurpador, encarna el principio de sucesión hereditaria en el imperio acadio. Por el contrario un ignoto Iphur-Kis subió al poder aupado por el ejército reunido en asamblea⁴⁵. En el reino de Israel fueron frecuentes los golpes de estado y la consiguiente elevación al trono por elección de la asamblea del “pueblo del país”. Por el contrario, en el de Judá prevaleció el principio hereditario manteniéndose la dinastía davídica hasta la desaparición de la monarquía.

45 J.-J. GLASSNER, *Mesopotamian Chronicles*, edited by B.R. Foster (Atlanta 2004) 5.

Sirviéndose también del género de listas genealógicas, el libro de *Crónicas* resume en sus primeros capítulos (1–9) la sucesión de héroes prediluvianos, patriarcas nómadas y figuras ancestrales, que desemboca en los primeros reyes de Israel, Saúl, David y Salomón, justificando así las pretensiones de legitimidad de la nueva institución monárquica y de la dinastía davídica.

En *Crónicas* la muerte de Saúl divide la historia de Israel en dos grandes períodos: el primero discurre desde Adán hasta la muerte de Saúl (1 S 31) y el segundo desde David hasta el Exilio y el edicto de Ciro que anuncia la restauración (1 Cr 36,22-23). El primero es descrito simplemente mediante series de genealogías que alcanzan desde Adán y Noé hasta la instauración de la monarquía con David y Saúl de los que se dan también las correspondientes genealogías (1 Cr 3 y 8,29-40; 9,35-44). No se hace alusión alguna al Éxodo, acontecimiento central en la historiografía deuteronomista, y el nombre de Moisés no aparece sino como un nombre más en la respectiva genealogía⁴⁶. La “escritura de David” y el “orden del rey” son para *Crónicas* la fuente de autoridad que legitima las instituciones y normas de su época. En oposición a la historiografía deuteronomista, *Crónicas* ofrece una perspectiva básicamente optimista, considerando la monarquía como una institución natural del ordenamiento político, adoptada por todas las naciones y también por Israel en tiempos de David y Salomón.

Es un dato significativo el hecho de que, al igual que *Crónicas*, las Antigüedades Bíblicas del Pseudo-Filón comiencen su historia a partir de Adán y la concluyan con la muerte de Saúl y el inicio de la monarquía. Moisés es también aquí un personaje más en una larga serie que incluye los nombres de Noé, Abrahán, Moisés, Josué, Kenaz, Zebul, Débora, Ehud, Gedeón, Abimelec, Yair, Jefté, Abdón y Elón, Sansón, Mica, Pinjás, Samuel, Saúl y David⁴⁷.

46 E. M. DÖRRFUSS, *Mose in den Chronikbüchern. Garant theokratischer Zukunftserwartung* (BZAW 219; Berlin – New York 1994) 277.

47 “Pseudo-Philo’s deletions include the following: Gen 1-3; all but a summary of Gen 12-50; Exod 3-13 and all the legal material in Exodus except chap. 20; most of Leviticus, all the legal material in Numbers; Deut 1-30; and parts of 1 Samuel”: G. W. E. NICKELSBURG, “Good and Bad Leaders in Pseudo-Philo’s *Liber Antiquitatum Biblicarum*”, en: J. J. COLLINS – G. W. E. NICKELSBURG (eds.), *Ideal Figures in Ancient Judaism. Profiles and Paradigms* (Chico, CA 1980) 49-65.

La historia reflejada en las Antigüedades Bíblicas se basa en el libro del Génesis (caps. 1–8) y en el conjunto de Josué-Jueces-1 Samuel (20–65), con muy escasa atención a los demás libros del Pentateuco, Éxodo-Levítico-Números-Deuteronomio (9–19), que no aportan más que un 10% del total de los materiales utilizados por el Pseudo-Filón⁴⁸. Ello da idea de la separación de las historiografías monárquica y exódica.

La historiografía monárquica hacía pivotar la historia de Israel sobre los relatos de la instauración de la monarquía bajo Saúl y David, con sus antecedentes y el posterior desarrollo hasta su desaparición en el exilio babilónico. Por el contrario, las historiografías del Deuteronomio y de la escuela sacerdotal narraban los acontecimientos del Éxodo y de la travesía del desierto o, incorporando el libro de Josué, hasta la entrada de los israelitas en Canaán.

La historiografía del Éxodo, centrada en la Ley del Sinaí, terminó por absorber una historiografía anterior que narraba los orígenes remotos e inmediatos de una monarquía gobernada por la ideología regia y la Ley del monarca. Esta historiografía monárquica legitimaba la transferencia del poder dinástico de Saúl y de las tradiciones literarias del reino del Norte en torno a sus capitales y centros religiosos (Siquén, Silo, Betel y Gabaón, entre otros) a la dinastía de David en el reino de Judá y a la ciudad y templo de Jerusalén. Esta historiografía se desarrolló en dos líneas paralelas: una de carácter político (*translatio imperii*) y otra cultural (*translatio templi*), la primera significada por la elección de la dinastía davídica y la segunda por la elección de Jerusalén y su Templo. El libro de Crónicas, escrito cuando la monarquía había dejado de existir, presta mayor desarrollo a la historia del culto.

Así pues, el modelo de las tres épocas, o cuatro incluyendo la prediluviana, existía ya de una u otra manera en la historiografía del Oriente antiguo. En su versión asiria arrancaba de un pasado nómada idealizado, como

⁴⁸ Autores como G. Kisch, D. J. Harrington y C. Dietzfelbinger sostienen que se ha perdido el final de la obra. M. R. James supone que ésta concluía como Crónicas con el exilio y la anticipación del retorno. Por el contrario, P. Riessler, C. Perrot y H. Jacobson piensan que el final actual es el auténtico de la obra. Para una discusión de estas cuestiones, M. R. JAMES, *The Biblical Antiquities of Philo* (New York 1971) 65; H. JACOBSON, *A Commentary on Pseudo-Philo's Liber Antiquitatum Biblicarum* (Arbeiten zur Geschichte des Antiken Judentums und des Urchristentums 31; Leiden 1996) 254-255.

el del mundo árabe preislámico. En su versión sumeria y babilónica partía de una época prediluviana de carácter mítico. La Biblia no hizo sino recoger estos modelos, fundirlos y aplicarlos a las tradiciones del antiguo Israel. La yuxtaposición de los dos modelos dio por resultado un marco historiográfico que estructuraba la historia retrospectivamente en cuatro períodos: el orden actual de la monarquía reinante, el (des)orden del inmediato pasado tribal, el pasado legendario de los patriarcas y, finalmente, los comienzos míticos de los tiempos primordiales. Este modelo historiográfico era un procedimiento literario e histórico conocido, del que toda monarquía constituida podía servirse y al que todo historiógrafo podía recurrir. Cumplía así la función de “código para comunicar una visión histórica”⁴⁹, que permitía “construir” una historia, la de Israel en el caso de la Biblia.

El reino de Edom se sirvió del mismo esquema o así “construye” al menos la historiografía bíblica la historia del reino vecino. De este modo el libro del Génesis ofrece la lista de descendientes del patriarca Esaú/Edom (36,1-5), luego la de jeques de Edom (9-19; 20-30 + 40-41) y, finalmente, la de los reyes edomitas (31-39).

Este esquema histórico tenía por finalidad conferir legitimidad a la dinastía reinante, por lo que fijaba la genealogía de los antepasados de la propia dinastía reinante, para remontarse luego al período anterior de los ancestros tribales y, seguidamente, al de los primeros patriarcas, utilizando para ello antiguas tradiciones que circulaban antes y durante la época monárquica y que fueron reelaboradas a lo largo de la misma.

El estudio de los orígenes de Israel ha seguido tres modelos explicativos que ponen en juego los tres géneros de vida –nómada, rural y urbano–, representados en la tradición europea por el dístico latino pastor, arator, eques. El primer paradigma de estudio, representado por los estudios de A. Alt y M. Noth, remontaba los orígenes de Israel a tribus nómadas que se asentaron en Palestina a finales del Bronce reciente (s. XIII a.C.). El segundo paradig-

⁴⁹ “the transmission code used to convey the historical view of the texts”: K. L. YOUNGER, *Ancient Conquest Accounts: A Study in Ancient Near Eastern History Writing* (JSOT.S 98; Sheffield 1990) 56.

ma, propuesto inicialmente por Mendenhall y Gottwald, comienza la historia de Israel en el período del Hierro I (ss. XIII-XI) en el que las tribus agrícolas israelitas asentadas desde antiguo en Canaán llegaron a unirse en una confederación, contraria en principio a la implantaciones de instituciones monárquicas. El tercer modelo de análisis comienza la historia de Israel a partir de la instauración de la monarquía en el s. X o, más bien, de su afianzamiento con la dinastía de Omrí en el s. IX, haciendo del yahvismo un movimiento impulsado por la minoría profética en los ss. IX-VIII a.C.⁵⁰.

Israel surgió en tiempos de transición de la vida nómada a la sedentaria, en el contexto de una crisis cultural generalizada que tuvo lugar en torno al año 1200 a.C. en el paso de la época del Bronce a la del Hierro. Lo hizo en un espacio geográfico en el que, tras una disminución de la población y una regresión a la vida seminómada en zonas periféricas, se produjo, según excavaciones de las últimas décadas, un desarrollo creciente de la vida agrícola en aldeas de nueva creación, así como un proceso de reurbanización de las ciudades que habían sido anteriormente abandonadas. El componente nómada del primitivo Israel procedía de las estepas sirias del Noreste y de los desiertos del Sur, de Madián, Seir y Parán, en relación con movimientos de población flotante como los *hapiru* y *shosu* entre otros grupos étnicos y sociales. Al comienzo de la nueva edad del Hierro, gran parte de la nueva población vivía en pequeños núcleos rurales cuyo número y densidad creció considerablemente en la zona de la montaña⁵¹. En este contexto tomó forma la federación de tribus seminómadas y agrícolas que fue conformando el Israel anterior a la época monárquica. La instauración de la monarquía en Israel responde a un fenómeno generalizado en Siria-Palestina cuando en el siglo

50 M. NOTH, *Historia de Israel* (Barcelona 1966); J. M. MILLER – J. H. HAYES, *A History of Ancient Israel and Judah. Second Revised Edition* (Louisville, KY 2006); G. E. MENDENHALL, *The Tenth Generation. The Origins of the Biblical Tradition* (Baltimore 1973); N. K. GOTTWALD, *The Tribes of Yahweh: A Sociology of the Religion of Liberated Israel, 1250-1050 B.C.E.* (Maryknoll, NY 1979); N. P. LEMCHE, *Ancient Israel. A New History of Israelite Society* (Sheffield 1988).

51 I. FINKELSTEIN – N. A. SILBERMAN, *La Biblia desenterrada. Una nueva visión arqueológica del antiguo Israel y de los orígenes de sus textos sagrados* (Madrid 2003) 120.

IX a.C. emergen los estados de Aram-Damasco, Moab, Ammon e Israel del Norte⁵².

Así pues, la historiografía basada en la sucesión de patriarcas nómadas, héroes de tribus agrícolas y antepasados de los monarcas reinantes se corresponde con la estructura social básica de los pueblos del antiguo Oriente, incluido el israelita, compuesta de población nómada, agrícola y urbana. Hasta la consolidación de la vida urbana y de las monarquías de los diferentes reinos de la región no se puede hablar de un Israel histórico

Este modelo estructural basado en la sucesión de los tres componentes de la sociedad –nómadas, agricultores y habitantes de las ciudades– constituye la base de la historiografía bíblica desarrollada en el Génesis y en los libros históricos. Esta estructura tomó forma literaria a través de un largo proceso desarrollado a lo largo de cuatro grandes períodos: preliterario o cananeo, neasirio, neobabilónico y persa, hasta adquirir forma canónica y definitiva en el período helenístico. No cabe aquí desarrollar este proceso. El núcleo de la historia documentada del antiguo Israel puede corresponder con la historia literaria de la serie de *Crónicas Babilónicas*, que abarcan desde el reinado de Nabû-Nasir (747-734 a.C.) hasta el reinado de Seleuco I (245-226 a.C.), es decir, desde la instauración de la dinastía neobabilónica hasta el período seléucida⁵³. En el reino de Israel la historia documentada puede haber comenzado pocos años antes, en la época de esplendor correspondiente a Jeroboán II (783-743) quien restableció los límites territoriales del país y durante cuyo reinado, hacia el 750, Amós y Oseas inauguran la tradición de profetas escritores. En el reino del Sur pudo iniciarse con el reinado de Ozías (781-740), quien restableció su autoridad hasta la frontera en Eilat y desarrolló la agricultura. Asimismo, la historiografía recogida en los libros históricos encuentra su punto final en el mismo año 539 con el Edicto de Ciro.

Pero la historiografía bíblica no se limita a la sucesión de cuatro eras, representadas por las figuras pre- y postdiluvianas, los patriarcas, los ances-

52 I. FINKELSTEIN – A. MAZAR, *The Quest for the Historical Israel. Debating Archaeology and the History of Early Israel*. Edited by B.B. Schmidt (Atlanta 2007) 112.

53 GRAYSON, *Assyrian and Babylonian Chronicles*, 8-28, 69-124.

tros tribales y la dinastía reinante hasta su desaparición, sino que, sin vacío histórico alguno interpuesto, encuentra su continuación en otro orden de sucesión, en este caso de reinos o imperios: el asirio, el babilónico, el persa y el helenístico.

3. SEGUNDO MODELO HISTORIOGRÁFICO: LA SUCESIÓN DE IMPERIOS

Este segundo esquema, conocido en numerosas variantes, tiene antecedentes en la tradición mesopotámica, como atestigua Berosio en los libros II-III de *Babyloniaca*. Su historia de Babilonia y Asiria comienza con los “diez reyes de antes del Diluvio”, continua con una larga lista de reyes de “después del Diluvio” a la que sigue otra de “cinco dinastías”, y prosigue con la historia de los reinos asirio, babilónico y persa.

La periodización de la historia de Israel, desde el período monárquico hasta la época helenística, no puede menos que seguir el esquema de la historia del antiguo Oriente, constituido por la sucesión de reinos o imperios que dominaron la región a lo largo del primer milenio a.C. Los libros de Josué, Jueces y Samuel hacen continua referencia a ciudades-estado y a pueblos cananeos vecinos de los primeros israelitas. La aparición de los primeros israelitas corresponde a una época definida por la cultura cananea del Hierro I (ca. 1200-1000 a.C.)⁵⁴. Los comienzos de la monarquía israelita están marcados por el contacto con Tiro y las ciudades fenicias, especialmente en tiempos de la dinastía de Omrí, cuando, por otra parte, Salmanasar III (859-824) hace su aparición en esta región costera, inaugurando la época de dominio asirio y la consiguiente “crisis asiria” de los siglos VIII y VII a.C.⁵⁵. La caída de su capital, Nínive, en el 612 marca el surgimiento del imperio neobabilónico y de una nueva época en la historia de Israel, “la época del Exilio”⁵⁶. Las épocas persa y helenísticas están bien señaladas por acontecimientos decisivos en la historia del pueblo judío.

54 V. FRITZ, *Die Entstehung Israels im 12. und 11. Jahrhundert v. Chr.* (Stuttgart – Berlin 1996) 66-67; A. MAZAR, *Archaeology of the Land of the Bible 10,000-586 B.C.E.* (New York – London 1990) 355-357.

55 A. SCHROOS, *Die Königsreiche Israel und Juda im 8. und 7. Jahrhundert v. Chr. Die assyrische Krise* (Stuttgart – Berlin 1998).

56 R. ALBERTZ, *Die Exilszeit. 6. Jahrhundert v. Chr.* (Stuttgart – Berlin 2001).

Esta visión de la historia de Israel, jalonada por la sucesión de imperios, constituye el eje de la historiografía apocalíptica, como pone de relieve la visión de la estatua metálica y la de las cuatro bestias (Dn 7–8) que representan a los imperios babilónico, media, persa y griego, adaptando así a la historia de Israel el orden persa de imperios asirio, medo y persa. En Tobías 14,4 aparece la secuencia de imperios asirio y medo, en *Testamento de Nefhtalí* la de asirios, medos y persas y en *Oráculos sibilinos* IV la de asirios, medos, persas y macedonios. La secuencia se prolongó hasta incluir el imperio romano, generalmente en una serie de cinco imperios como aparece en un fragmento de Emilio Sura, en Polibio, Dionisio de Halicarnaso, Tácito y Appiano. Orosio incorpora a Cartago en la secuencia: Babilonia, Macedonia, Cartago y Roma⁵⁷.

Según Arnaldo Momigliano, “Daniel 2 sacó la teoría de los imperios de la cultura histórica griega y, al hacerla suya, le contrapuso su propia expectación de un inminente reino de Dios”⁵⁸. Sin embargo, el paralelo más próximo al texto de Daniel es el persa del libro primero del *Bahman Yasht*. Ahura Mazda muestra a Zoroastro “la sabiduría de todo conocimiento”, por lo que puede ver “el tronco de un árbol con cuatro brazos: uno de oro, otro de plata, otro de bronce y uno de hierro mezclado”, que representan los “cuatro períodos que han de venir” en el milenio de Zoroastro. Otra obra persa, *Denkard* (9.8), conoce idéntica división en períodos y metales, aunque con diferencias en la identificación de los mismos. El paralelo con Bahman Yasht es especialmente significativo pues, al igual que el libro de Daniel, habla de una visión, identifica los diversos períodos con reinos sucesivos y, a diferencia de Hesíodo, representa al cuarto reino mediante hierro mezclado⁵⁹. Los estudiosos en general suponen que el texto de Daniel depende de una fuente per-

57 J. H. HAYES, “The History of the study of Israelite and Judaeen History”, en: J. H. HAYES – J. M. MILLER, *Israelite and Judaeen History* (London 1977) 20.

58 HESÍODO, *Trabajos y días*, 1.109-201; OVIDIO, *Metamorfosis*, 1.89-150; A. MOMIGLIANO, “Daniel y la teoría griega de la sucesión de los imperios”, *La historiografía griega* (Barcelona 1984) 257-264 [264].

59 M. HENGEL, *Judaism and Hellenism. Studies in their Encounter in Palestine during the Early Hellenistic Period I* (London 1974) 182.

sa, aunque las opiniones sobre determinados detalles de esta tradición literaria son muy variadas⁶⁰.

Así pues, la historiografía bíblica monárquica y seguidamente la profético-apocalíptica, al igual que la mesopotámica representada por Berosio, siguen un mismo esquema de sucesión de generaciones e imperios sin hiato o interrupción alguna. La historiografía bíblica conjuga de este modo la memoria “comunicativa” referida a la historia reciente, próxima al sistema de generaciones consecutivas, y la memoria “cultural”, basada en grandes eras o imperios y en figuras simbólicas⁶¹. La historiografía monárquica concluye en 2 Reyes con la desaparición de la monarquía en la época babilónica⁶². La caída de Jerusalén señala el punto final de la historia transmitida en los libros históricos y el inicial de la era de los cuatro imperios, que se suceden hasta la aparición próxima del reino eterno⁶³. Lo dicho supone que, junto a las raíces proféticas (H. H. Rowley, Hanson), culturales (Mowinckel) y sapienciales (Hölscher, Von Rad) asignadas a la apocalíptica⁶⁴, se ha de prestar mayor atención al estudio de las líneas que conducen desde la historiografía mesopotámica y bíblica a la apocalíptica judía y cristiana⁶⁵.

Así pues, dos modelos básicos conforman la historiografía bíblica: el de una sucesión de cuatro épocas, señaladas por series de antepasados míticos o legendarios que legitimaban la monarquía de Israel y Judá, y el de una sucesión de cuatro imperios a los que se vieron sometidos israelitas y judíos. Los dos modelos ofrecen una misma estructura: la de una sucesión histórica en cuatro épocas o imperios. En la versión arquetípica de una verdadera teoría de la *translatio imperii* la historia del poder monárquico se inicia cuando

60 J. J. COLLINS, *Daniel* (Hermeneia; Minneapolis 1993) 166-170.

61 J. ASSMANN, *Das Kulturelle Gedächtnis. Schrift, Erinnerung und politische Identität in frühen Hochkulturen* (München 2002) 51-53.

62 El relato de Melquisedec (Gn 14) es apocalíptico en el uso del motivo de los cuatro reinos que deben ser sometidos.

63 K. KOCH, “Spätisraelitisches Geschichtsdenken am Beispiel des Buches Daniel”: *HZ* 193 (1961) 1-32 [28].

64 H. H. ROWLEY, *The Relevance of Apocalyptic* (London 1947); P. D. HANSON, “Jewish Apocalyptic against its Near Eastern Environment”: *RB* 78 (1971) 31-58; S. MOWINCKEL, *He That Cometh* (Nashville 1954); G. HÖLSCHER, “Die Entstehung des Buches Daniel”: *TSK* 92 (1919) 113-139; G. VON RAD, *The Message of the Prophets* (New York 1965).

65 G. I. DAVIES, “Apocalyptic and Historiography”: *JSTO* 5 (1978) 15-28.

éste desciende del cielo a la tierra, estableciéndose sucesivamente en cuatro ciudades sumerias hasta afianzarse en una quinta, la ciudad de Ur, en tiempos de la dinastía de Ur III. En la perspectiva de la apocalíptica bíblica, a cuatro grandes imperios, a cada cual peor, sucederá el originario de origen celeste que se implantará en Israel. Las cuatro parejas primordiales de la Ogdoada en Egipto o de Enuma Elish en Mesopotamia, al igual que las cuatro edades de Hesíodo en Grecia y otras concepciones similares muestran que existía un fondo común de representaciones que estructuraban tanto las teogonías como la historia primordial de los humanos en cuatro etapas seguidas de una que significaba el paso de las épocas míticas e ideales a la época histórica o el paso de las sucesivas épocas históricas a una época final apocalíptica. Así, todavía en una época muy tardía respecto a la de la Biblia, la Eneida comienza la historia de Roma con los relatos míticos en torno a Eneas y los héroes troyanos, prosigue con las narraciones legendarias sobre los primeros reyes –Rómulo y Remo y sus sucesores–, y, finalmente, hace pie en la historia cuando llega al período de la república e, incluso, a sucesos vividos por el propio Virgilio en tiempos del emperador Augusto al que dedica su obra.

Existe, pues, una relación tipológica entre la explicación mítica sobre el origen del poder y la explicación escatológica sobre el final de los imperios. La correspondencia entre mitos de orígenes y mitos de los tiempos finales es una característica definitoria de la visión histórica de la apocalíptica judía y cristiana. La Biblia se convirtió así más tarde en la fuente del pensamiento histórico occidental, sea de las filosofías de la historia desde Voltaire hasta Hegel, Marx y Burckhardt o de las teologías de la historia de San Agustín, Joaquín de Fiore, Bossuet y Vico⁶⁶.

Así pues, a finales del siglo VII a.C. en tiempos de Josías coexistían dos historiografías de diferente signo. La de origen y carácter monárquico se proponía conferir legitimidad a la dinastía davídica conforme al modelo asirio, a través de una historia sincrónica de los reinos de Israel y Judá (Samuel* y

⁶⁶ K. LÖWTH, *El sentido de la historia* (Madrid 1958).

Reyes*), precedida y acompañada de genealogías y de breves datos sobre ancestros tribales (Jos 13ss* y Jueces*) y patriarcas (Gn 12–36*), así como posiblemente también de elementos de una “historia primordial” pre-sacerdotal. La primera historiografía monárquica, al igual que las listas de reyes sumero-babilonias, se basaba en listas de años de reinado que proporcionaban el esqueleto estructural y cronológico del texto y en breves noticias sobre los reyes más sobresalientes. La periodización de la historia en las épocas “patriarcal”, “tribal” y “monárquica” responde a modelos existentes con anterioridad a la formación de la historiografía bíblica. Estos modelos no son utilizables para escribir una historia moderna de Israel o de los pueblos vecinos como Edom, pero la “época patriarcal” o la “de los jueces de Israel” no son simples invenciones tardías de la Biblia sino adaptaciones de un modelo asirio de estructurar y conferir sentido y legitimidad al presente y al pasado.

La historiografía exódica (Éxodo-Deuteronomio*) desplazó en importancia a la anterior, al interponerse entre los textos sobre patriarcas (Gn 12–36*) y ancestros tribales y reyes (Jos 13ss.*–*Reyes**). De este modo el Génesis vino a ser el prólogo de la historia del Éxodo y los libros históricos la continuación del Pentateuco, formando un Octateuco o un Eneateuco. Estas dos historiografías, la monárquica y la exódica, eran en principio independientes y tenían perspectivas encontradas respecto al poder monárquico y, en general, frente a todo poder que no estuviera fundado o no respetara la Ley divina, recogida en los cuerpos legales del Pentateuco atribuidos a Moisés.

La doble referencia a las promesas dinásticas y a la ley mosaica presente a lo largo de Josué – Reyes responde a la fusión de estas dos historiografías. La primera, de origen y carácter monárquico y redactada seguramente en tiempos de Josías, seguía el modelo historiográfico asirio (patriarcas-jueces-reyes), manteniendo por ello vínculos con el libro del Génesis. La segunda reinterpreta los textos de esta historiografía desde la perspectiva del exilio, culpando de la catástrofe a unos monarcas que no se habían sometido a la Ley mosaica.

No cabe aquí desarrollar la cuestión de la formación de estas dos historiografías y de los cruces entre las mismas. Se tiende hoy a reconocer el mar-

cado corte existente entre los libros Génesis y Éxodo⁶⁷. En este sentido Konrad Schmid contempla la posibilidad de una historia Dtr que abarcaba desde Ex 2 (?) hasta el final de 2 Reyes⁶⁸. El esquema histográfico basado en modelos mesopotámicos sugiere que el núcleo básico y más antiguo de la historiografía bíblica cuyos primeros orígenes se sitúan en el reino del Norte poco antes de su desaparición, estaba formado básicamente por listas y breves noticias que constituyen el núcleo inicial, pre-deuteronomista y pre-sacerdotal, de lo que más tarde fueron los libros de Génesis*, Josué (13ss.)*, Jueces*, Samuel* y Reyes*. Existen numerosos puntos de conexión entre las tradiciones sobre patriarcas, jueces-salvadores y reyes, como también entre los libros citados. Se refieren en particular al escenario geográfico, al marco literario e histórico y al mundo de concepciones religiosas reflejado en las tradiciones del Norte. La forma primera del futuro Génesis* constituía en un principio el prólogo a los materiales que más tarde conformaron los libros de Josué (13–24) a Reyes. De este modo y modificando la tesis de R. Kratz⁶⁹, la “historia primordial” y la de los patriarcas (Gn 2–35*) no constituían tanto una leyenda fundacional independiente de la relativa a los orígenes de la monarquía davídica (1 Samuel* – 2 Reyes*), sino más bien la introducción o la parte primera de la antigua historiografía monárquica.

67 D. M. CARR, “Genesis in Relation to the Moses Story. Diachronic and Synchronic Perspectives”, en: A. WÉNIN (ed.), *Studies in the Book of Genesis: Literature, Redaction and History* (Leuven 2001) 273-295.

68 K. SCHMID, *Erzväter und Exodus. Untersuchungen zur doppelten Begründung der Ursprünge Israels innerhalb der Geschichtsbücher des Alten Testament* (WMANT 81; Neukirchen-Vluyn 1999).

69 *Supra*, n. 9.